

# TEATRO

## LOS PELIGROS DEL REALISMO ESCENICO

"Siete mil gallinas y un camello", de Jesús Campos, en el  
María Guerrero

JESUS Campos es un autor de los que llamamos de vanguardia, y que llega a un teatro nacional por el camino del premio «Lope de Vega». Esta obra iba a estrenarse en el Español, cuando el local se incendió. Ultimamente ha sido representada en Zaragoza, y ahora la vemos en Madrid. Podríamos hablar de los peligros del realismo teatral, que en mí despierta las mismas suspicacias que el teatro «muy» onírico, muy sueño de condicionamientos reales. El realismo figurativo (porque hay otro que no lo es, y no hay más que pensar en los montajes de Brecht, cuyo realismo es simbólico) entraña el peligro de una sumisión a las imágenes burguesas y la aceptación forzosa del sistema mental que ellas imponen. De igual forma, el subvertir con exceso las imágenes nos lleva a lo arquetípico, con lo que el teatro sale de la historia, pierde su sentido de responsabilidad y se convierte en un espectáculo para iniciados. En mi opinión, dos son las grandes y geniales soluciones a esa doble amenaza: el realismo épico y el esperpento. Estas dos experiencias parten de la aceptación incondicional de la realidad, y siguiendo un proceso dialéctico interno (el distanciamiento en Brecht y la deformación en Valle) alcanzan una interpretación verídica de la historia por vía de insumisión. No digo que éstas sean las únicas soluciones (tenemos asimismo el teatro del absurdo, el teatro de la ceremonia, etc.), sino las más sagaces y profundas. Pues bien, Jesús Campos parte en esta obra del María Gue-

rrero de un realismo modular que no avanza, que no entra en proceso, conformándose con yuxtaponerle simples travесuras ingenuamente surrealistas. El autor se pregunta en el programa de mano que «cómo coño se grita aquí», y yo creo que su forma de gritar en esta obra, porque en otras ha gritado muy bien, no es la más efectiva. El público aplaudió con admiración la imagen escenográfica, su espesor anticonvencional, las gallinas. Es una granja industrial, con las gallinas en sus cubículos, un pozo con agua, un arroyo, los huevos, los excrementos de las gallinas, todo «de verdad». Pero es que el «de verdad», el realismo figurativo, lo que llamaríamos la verdad oficial de la realidad, no tiene que ver con la verdad, quiero decir con esa verdad que siempre hay que buscar más allá de la realidad real. La realidad que impone la fórmula del distanciamiento, se trasciende a sí misma, y la que impone el espasmo se destruye a sí misma. Pero lo «de verdad», la realidad real, permanece muda, estéril, antiproléctica, si puedo decirlo así. Y su imagen contagia los resultados finales. Jesús Campos, aun siendo un autor experto, no ha podido mostrar su imaginación verdadora a mente creadora y rebelde más que por añadidos, fuera por completo del contexto general de la pieza, y en esa alusión al camello, que es un camello interior, un sueño que el protagonista contrapone a la esposa vulgaridad de las gallinas consumistas. El condicionamiento de la avicultura es demasiado real... Y es ese

La obra de Jesús Campos, al subvertir con exceso las imágenes, pierde su sentido y se convierte en espectáculo para iniciados.



condicionamiento el que, acaso insensiblemente, obliga al autor a reducir aún más un suceso tan simple como un estupro, pues le aplica una especie de técnica policliaca para que el espectador se pregunte durante mucho tiempo qué pasa y quién es quien, etc. Un clima, y no me refiero a una forma ambiental, sino a un «tiempo» del corazón humano, es imposible encargárselo a unos centenares de gallinas. Sobre el escenario todo es vivo, las gallinas, los huevos, el agua, y, sin embargo, el teatro que sale del escenario no es viviente. He aquí los peligros

del realismo. Estoy convencido de que el autor acudió al realismo como «contestation», pero la fórmula ha invertido sus intenciones.

Los actores, que hicieron un buen trabajo son: Isa Escartín, Carlos Mendy, Kety de la Cámara, Enrique Morente, Alberto Bové, Ana Viera Solares y Enrique Espinosa. Actúa la orquesta de cámara «Vivaldi» y el grupo de «rock» sinfónico «Zumo». El montaje y el espacio escénico es del autor.

Carlos Luis Alvarez

# Blanco y Negro

Nº 3339, ! de Mayo de 1976